

«En ese valle están todas las respuestas», me había dicho Marcos, «pero antes de entrar ahí, debemos de quemar nuestras agendas».

Dejamos el coche a un lado del camino, desde donde se divisaba el valle. Marcos se quitó la corbata y la camisa y las arrojó al asiento trasero, junto con las chaquetas. Yo hice lo mismo. Cogimos las agendas y caminamos unos diez minutos hasta el límite de los aguarales. Nos sentamos en el suelo, despreciando la posibilidad de arruinar los pantalones de nuestros trajes caros.

- La agenda es el alma del comercial... —intenté argumentar.
- Es un rito de purificación. Nos desprendemos de nuestro pasado y de nuestro futuro. Solo importa el aquí y ahora, dejarse penetrar por el espíritu del valle.

Era raro oír hablar así a Marcos. Él era mi jefe, el jefe de ventas, y hasta ahora solo habíamos hablado de estrategias de *marketing* y de putas, temas ambos en los que era especialista.

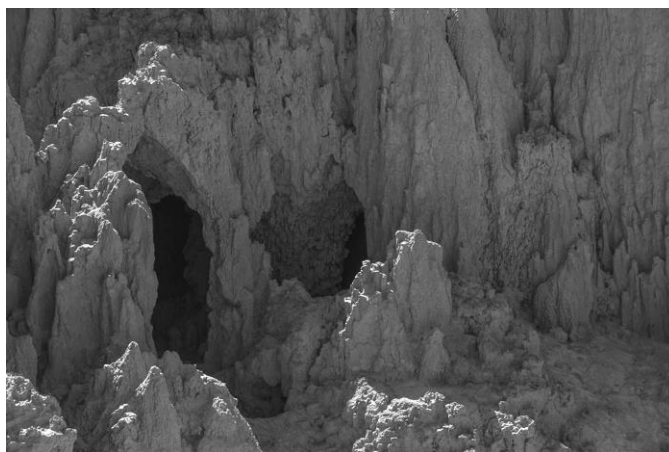
Marcos sacó su mechero y lo mantuvo encendido a dos centímetros de su agenda, esperando que sacara la mía. Calculé que en la comida me habría tomado una botella de vino y diez o doce chupitos de vodka. En ese estado, quemar la agenda parecía estúpido y divertido.

Concentramos nuestras miradas en la llama y Marcos continuó su plática:

- Todo esto era un desierto. Hace miles de años, la diosa Belisama llegó hasta aquí procedente de Irlanda y creó un oasis, lleno de fuentes y palmeras. Enterado de la existencia de este oasis, Seth, dios del desierto, vino a reivindicar su territorio. Pero Belisama era muy bella y Seth cedió a sus encantos. El oasis se convirtió en una ciudad rica y muy poblada donde sus gentes se entregaron a toda clase de placeres.

Como la llama amenazaba extinguirse, Marcos vertió sobre ella unos polvos que produjeron un fagonazo y una abundante nube de humo.

- Pero Yaveh, el buen Yaveh, tuvo noticia de esta ciudad de pecado y decidió castigarla. Para ello envió a Belial, un demonio con forma mujer aún más bella y más joven que la ya envejecida Belisama. Belial sedujo a Seth, pero el rumor del agua susurró lo sucedido al oído de Belisama y esta, furiosa, envió una tormenta de barro que cubrió todo el valle.



Así que ahí esta todo: la ciudad, sus habitantes, el propio Seth y las rivales Belisama y Belial. Cuenta la leyenda que si permaneces una noche entera en los aguarales, una de las dos mujeres romperá su armazón de barro y podrás amarla. Si es Belisama conocerás todas las respuestas, pero si es Belial morirás. Hasta ahora, nadie lo ha intentado.

Y arrojó otro puñado de polvo sobre la llama, levantando una gran nube de humo. Cuando esta se desvaneció, Marcos había desaparecido.

Miré hacia atrás y tampoco estaba el coche, donde había dejado mi chaqueta con el móvil. Así que allí estaba yo, desnudo de cintura para arriba, mirando cómo se extinguía la llama dejando las agendas a medio quemar. Cogí la mía: no parecía que se pudiera salvar ningún dato, ninguna cita. Luego miré la de Marcos.

No podía creerlo. Todas sus páginas estaban en blanco: había quemado una agenda sin estrenar. Como broma, no estaba mal. Pensé que el lunes nos reiríamos en la reunión de la mañana.

El sol comenzó a ocultarse. Calculé que estaría a una hora de Valpalmas, pero encontraba ridículo presentarme en el bar del pueblo a pecho descubierto, sin cartera y sin móvil. Además, no acababa de creer que Marcos fuera capaz de dejarme allí tirado. Volvería riéndose y me diría que hizo unas fotocopias de mi agenda.

El sol del atardecer hacía refulgir los aguarales en tonos anaranjados. Quizás aún podría echar un vistazo antes de que llegase la noche y fuera tentado por alguna diosa desnuda. Penetré por el camino y enseguida aprendí a mirar despojando las figuras de su capa de barro. Y, en efecto, allí había una catedral con sus arcos ojivales y sus torres afiladas... Vi grupos de peregrinos, manos que se alzaban suplicantes desde la tierra, tal vez desde el infierno. Y vi rostros, gente a la que podría preguntar y así lo hice: pregunté por Belisama, incluso por Seth. Temí preguntar por Belial.



Todos me miraron con sorna y nadie me respondió. El sol se puso. Habría podido salir de allí antes de la oscuridad total pero me quedé sentado en el suelo y debí dormirme.

Una mujer me despertó tocándome el brazo. Su voz era amable, me preguntó si estaba bien. Asentí. Se sentó a mi lado y pude ver sus ojos de un azul intenso, irreal. Me preguntó mi nombre. Se lo dije. Le pregunté el suyo. Me respondió con un beso.

Hicimos el amor mientras el sol se asomaba a contemplarnos. Luego me levanté y alcé los brazos al cielo. Sentí calor sobre mi piel, sentí cómo el agua huía de mi cuerpo. A mis pies, Belial sonreía mientras recuperaba su textura terrosa.

Ya inmóvil, vi llegar a Marcos con unos guardiaciviles. Al pasar frente a mí, me miró y preguntó si me había visto.

